

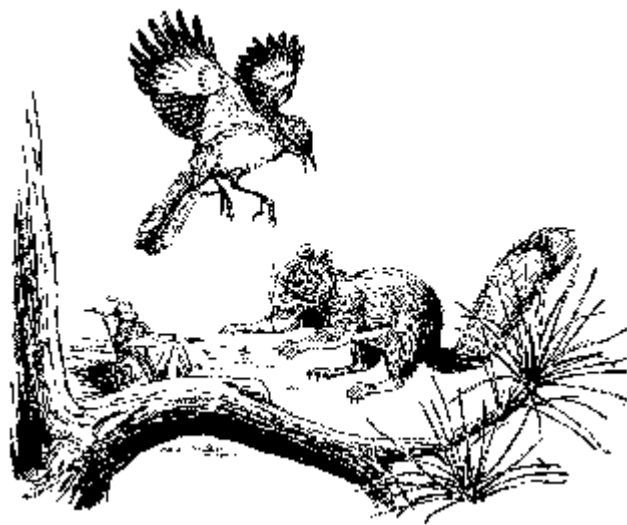
LA ARDILLA LA AYUDO A CAMINAR

Por ETHELWIN CULVER

¡ESE iba a ser un día muy especial!

Hacía un tiempo Carola había sufrido un accidente que la había obligado a guardar cama durante varias semanas. Llegó el día cuando pudo sentarse en la silla de ruedas por primera vez. Era una hermosa mañana de invierno. El sol hacía resplandecer la nieve, que bajo su hechizo se transformaba en un regio manto de armiño cuajado de joyas.

La mamá de Carola acercó la silla de ruedas de la niña al gran ventanal, desde el cual ella podía contemplar el jardín. Vio los pájaros que saltaban sobre la nieve y las plantas cargadas de immaculados copos. Pero de pronto sus ojos notaron unos huecos extraños en el suelo, bastante separados unos de otros, como si fueran las huellas que hubiera dejado alguien que hubiera andado en zancos.



"¿Qué serán esos huecos?" se preguntaba Carola. En eso vio que de uno de ellos salía una ardilla, la cual se sentó en el borde del hoyo y comenzó a roer unas vainas de arce que había extraído del túnel que había excavado en la tierra cubierta de nieve.

"Es inteligente -pensó-. Con esos túneles subterráneos puede ir de un lado a otro sin que le molesten las tormentas de nieve".

Desde ese día, cada vez que Carola podía sentarse en la silla de ruedas, cuando se cansaba de leer historias y de jugar juegos de mesa, pasaba muchas horas observando la ardilla del túnel y tratando de hacerse su amiga.

-Parece que ésta es la única ardilla que no se ha ido a dormir este invierno -le dijo a la mamá en una ocasión en que ella le había dado rosetas de maíz, cacahuetes y cortezas de pan para darle a la ardilla desde la ventana-. Debe estar muy hambrienta.

Cuando la nieve se derritió, Carola le ponía las nueces y las semillas en la parte exterior del antepecho de la ventana. Y allí acudía la ardilla para comérselas. Entonces, después de varios días, Carola comenzó a colocar las nueces en la ventana, pero del lado interior, y la dejó abierta. ¡Qué sorpresa tan hermosa fue ver a la ardilla, con sus ojitos brillantes, acercarse a la ventana, subir como de costumbre y finalmente entrar en la habitación, llenarse los carrillos de nueces y llevárselas luego para almacenarlas en sus escondrijos! Y así siguió Carola poniendo las nueces del lado de adentro, y la ardilla viniendo a buscarlas, hasta que para esta última esa tarea llegó a ser la cosa más natural del mundo.

Cuando llegó la primavera y las lilas perfumaban el ambiente con su delicada fragancia, la mamá sacó a Carola en su silla de ruedas al patio para que tomara sol. Allí la niña gozaba viendo cómo la ardilla saltaba sin temor al brazo de su silla de ruedas para buscar las nueces que le ponía.

Al llegar el verano, la mamá animó a Carola para que intentara caminar de nuevo, pero la sola idea de hacerlo aterrorizaba a la niña. Carola no era feliz. Sus compañeritas venían a verla cada vez menos y Carola pensaba que, debido al terrible accidente que había sufrido, tendría que quedarse para siempre en la silla de ruedas, sin poder volver a caminar jamás.

Pero tenía una amiga fiel que la visitaba diariamente, y ésa era la movediza ardilla a quien le hablaba como si se tratara de una persona. Esta, aun cuando era muy tímida y se escondía cuando veía a otras

personas, parecía sentirse atraída por la voz de la niña.

En ese día memorable, Carola vio que su amiguita se trepaba a un árbol y luego descendía, saltaba a otro y, mientras lo hacía, parlotaba alegremente. Los pájaros revoloteaban a su alrededor, bajando en picada y chillando amenazadoramente. De pronto, la ardilla bajó de un árbol y cuando cruzaba el césped en dirección a otro, Carola vio que los pájaros la atacaron, esta vez con tan mala suerte para la ardilla, que quedó tendida en el suelo, completamente inmóvil.

Carola la llamó, pero la ardilla no se movió. Olvidándose de su propia condición, la niña se levantó de su silla de ruedas y cruzó el patio en dirección a la ardilla. Allí se arrodilló a su lado y la levantó del suelo. En el lomo de ésta descubrió una herida que uno de los pájaros le había hecho con su pico puntiagudo.

Incorporándose, la sostuvo en sus manos y le volvió a hablar. De repente se dio cuenta de que se encontraba muy lejos de su silla de ruedas.

¡Caminé! ¡Caminé! ¡Caminé yo sola! -exclamó-. Sí no hubiera sido por ti nunca me hubiera imaginado que podía caminar otra vez.

Cuando la madre de Carola la vio, acudió corriendo para ayudarla a volver a la silla.

-Cuando oramos para que pudieras caminar otra vez, nunca nos imaginamos que una ardillita contestaría nuestra oración -comentó la mamá.

-Estoy tan agradecida a la ardilla. Ojalá que ella se sane bien -dijo Carola sosteniéndola en su falda. La ardillita respiraba, y antes de mucho comenzó a moverse. Al poco rato se había parado en el brazo de la silla de Carola y estaba parlotando de nuevo.

-Gracias por haberme ayudado a caminar -le dijo Carola a su fiel amiga, la ardillita de los ojos brillantes.